

EMMA

Jane Austen



VOLUMEN I

❧ CAPÍTULO 1 ❧

Emma Woodhouse, guapa, inteligente y rica, con un hogar cómodo y un carácter alegre, parecía reunir algunos de los mejores dones de la naturaleza; y había vivido casi veintiún años en este mundo sin tener que enfrentarse apenas con nada que la afligiera o la hiciera sufrir.

Era la menor de las dos hijas de un padre muy cariñoso e indulgente; y, a raíz del matrimonio de su hermana, se había convertido en la señora de la casa paterna a muy temprana edad. Su madre había muerto hacía ya tanto tiempo que Emma apenas conservaba un vago recuerdo de su afecto, y su lugar lo había ocupado una excelente mujer que ejercía como institutriz y que prácticamente la había criado con el cariño de una madre.

Dieciséis años había estado la señorita Taylor con la familia del señor Woodhouse, más como amiga que como institutriz. Se había encariñado con las dos muchachas, pero especialmente con Emma. Entre ellas existía más bien una intimidad fraterna. Incluso antes de que la señorita Taylor dejara de ocupar oficialmente el cargo de institutriz, la dulzura de su carácter apenas le permitía imponer restricción alguna; y como la sombra de la autoridad había desaparecido tiempo atrás, habían convivido como amigas entrañables, muy unidas, con Emma haciendo lo que se le antojaba, teniendo el juicio de la señorita Taylor en gran consideración, pero guiándose principalmente por el propio.

De hecho, los verdaderos males de la situación de Emma eran que podía obrar a su antojo y que tendía a pensar demasiado bien de sí misma; estos eran los defectos que amenazaban con empañar sus numerosas cualidades. El peligro, sin embargo, era tan poco evidente de momento que ella en absoluto consideraba tales aspectos una desgracia.

Entonces sobrevino la tristeza, una leve tristeza, pero no en forma de una desagradable toma de conciencia: la señorita Taylor

contrajo matrimonio. Fue la pérdida de esta querida amiga lo que provocó que Emma experimentara por primera vez el dolor. El día de la boda la joven se sumió en melancólicas reflexiones. Terminada la ceremonia, y habiéndose marchado ya los recién casados y los invitados, su padre y ella se quedaron solos; comieron juntos, sin perspectivas de que alguien más fuera a animar la larga velada que les esperaba. Su padre se dispuso a echar una cabezada, como de costumbre, y a ella no le quedó otra que quedarse sentada pensando en lo que había perdido.

El acontecimiento prometía toda clase de felicidad para su amiga. El señor Weston era un hombre de carácter irreprochable, fortuna holgada, edad apropiada y maneras agradables; y Emma encontraba cierta satisfacción al considerar con qué abnegada y generosa amistad había deseado y favorecido siempre esa unión; pero para ella aquella era una mañana aciaga. La ausencia de la señorita Taylor se dejaría notar a todas horas todos los días. Recordó su constante amabilidad —la amabilidad y dedicación que le había mostrado durante dieciséis años—, cómo la había educado y jugado con ella desde que tenía cinco años, cómo había dedicado todas sus fuerzas a estrechar el vínculo y a entretenerla cuando gozaba de buena salud y cómo la había cuidado de las diferentes enfermedades que la habían aquejado durante la infancia. Se sentía profundamente agradecida y en deuda con ella por eso; no obstante, guardaba un recuerdo aún más tierno y preciado de la relación —en un plano de igualdad y con una completa falta de reservas— que habían entablado durante los últimos siete años, una vez que Isabella contrajo matrimonio y ellas se quedaron solas. Había sido una amiga y compañera incomparable, de las que se cuentan con los dedos de una mano: inteligente, instruida, útil, bondadosa, conocedora de todos los hábitos familiares, interesada en todos sus asuntos y particularmente en los de Emma, en cada uno de sus placeres y proyectos; una persona a la que podía contarle todos sus pensamientos tal cual surgían, y que la quería tanto que nunca la reprendía.

¿Cómo iba a soportar el cambio? Era cierto que su amiga se mudaba a solo media milla de distancia; pero Emma era consciente de

la inmensa diferencia entre tener a la señora Weston a media milla y a la señorita Taylor en su casa; y pese a todos sus privilegios, tanto de propia conquista como de cuna, corría un gran peligro de sufrir de soledad intelectual.

Quería mucho a su padre, pero no era el compañero ideal para ella. No estaba a su altura en la conversación, ya fuera racional o lúdica. Al inconveniente de la diferencia de edad que existía entre ambos —el señor Woodhouse no se había casado joven— se sumaba la constitución y las costumbres de su padre. El hombre, enfermizo y aprensivo desde siempre, sin casi actividad mental ni física, era mucho mayor en maneras que en años; y aunque todos lo querían por su buen corazón y carácter afable, carecía de talentos que le pudieran servir de carta de recomendación.

En cuanto a su hermana, a quien el matrimonio no la había alejado demasiado —se había establecido en Londres, a tan solo dieciséis millas de distancia—, seguía estando demasiado lejos para poder visitarla a diario. A Emma le quedaban por delante muchas veladas interminables que soportar en Hartfield durante octubre y noviembre, hasta que llegara la Navidad y con ella la siguiente visita de Isabella, su esposo y los pequeños, que llenarían la casa y volverían a brindarle una grata compañía.

El gran y muy poblado pueblo de Highbury, que casi alcanzaba el rango de villa y al que Hartfield pertenecía realmente, a pesar de contar con prados y zonas de arbustos privados, así como con un nombre propio, no le ofrecía realmente nadie que estuviera a su altura. Los Woodhouse eran los vecinos más ilustres allí. Todos los trataban con deferencia. Emma tenía muchos conocidos en el lugar, pues su padre era cortés con todo el mundo, pero ninguna de esas personas podía sustituir a la señorita Taylor, ni siquiera durante medio día. Era un lamentable infortunio. Emma no pudo evitar exhalar un largo suspiro y fantasear con imposibles, hasta que su padre se despertó y tuvo que aparentar estar alegre. Él necesitaba que lo animaran. Era un hombre nervioso, que se deprimía con facilidad; se encariñaba con todas las personas a cuya presencia se acostumbraba y detestaba separarse de ellas. Odiaba cualquier tipo de cambio. El matrimonio, como origen de cambios, le resultaba siempre una

idea desagradable. Aún no aceptaba de buen grado el hecho de que su propia hija se hubiera casado —hablaba de ella en tono compasivo, a pesar de que el suyo había sido un matrimonio por amor—, y para colmo también debía separarse de la señorita Taylor. Debido a un egoísmo revestido de amabilidad y a su incapacidad para suponer que los demás podían tener otros pareceres, se inclinaba a pensar que su antigua empleada había tomado una decisión tan triste para sí misma como para ellos, y que habría sido mucho más feliz si hubiera pasado el resto de su vida en Hartfield. Emma sonrió y charló con él tan animada como pudo para apartar tales pensamientos de la mente de su padre, pero cuando les sirvieron el té, el hombre no pudo evitar repetir exactamente lo mismo que había dicho mientras comían:

—¡Pobre señorita Taylor! Ojalá estuviera aquí de nuevo... ¡Qué lástima que al señor Weston se le ocurriera pensar en ella!

—No puedo estar de acuerdo con usted, padre; ya sabe que no puedo. El señor Weston es un hombre excelente, afable y de buen talante, y sin duda merece una buena esposa. ¿No esperaría que la señorita Taylor viviera con nosotros para siempre y soportara todos mis caprichos y cambios de humor cuando podía disponer de una casa propia?

—¡«Una casa propia»! ¿Y dónde está la ventaja en «disponer de una casa propia»? Esta es tres veces más grande... Y tú nunca tienes caprichos o cambios de mal humor, querida.

—¡Iremos a verlos a menudo y ellos vendrán mucho por aquí también! ¡Nos veremos continuamente! Empecemos nosotros; hagámosles pronto una visita a los recién casados.

—Oh, querida, ¿y cómo voy a llegar tan lejos? Randalls está tan lejos... No podría cubrir ni la mitad de esa distancia.

—No, padre... Nadie está hablando de recorrerla a pie. Iremos en el carruaje, por supuesto.

—¿«En el carruaje»? A James no le gustará tener que enganchar los caballos para un trayecto tan corto... ¿Y dónde se quedarán los pobrecillos mientras estamos de visita?

—En el establo del señor Weston, padre. Ya sabe que todo eso está resuelto. Lo hablamos anoche con él. Y en cuanto a James, puede estar seguro del todo de que siempre estará encantado de ir

a Randalls, gracias a que su hija trabaja allí como criada. Si de algo dudo es de que quiera llevarnos alguna vez a algún otro sitio. Y eso ha sido mérito suyo, padre, por haberle conseguido ese puesto tan bueno a Hannah. Nadie había pensado en ella hasta que usted la mencionó... ¡James le está tan agradecido!

—Me alegro mucho de haber pensado en ella. Fue una suerte, porque no habría querido que el pobre James se sintiera menospreciado por nada del mundo; y estoy seguro de que será muy buena criada: es una muchacha muy educada y bien hablada; tengo muy buena opinión de ella. Siempre que la veo me hace una reverencia y me pregunta qué tal me encuentro de una forma muy agradable; y cuando la llamabas para que viniera a bordar, me fijé en que siempre daba la vuelta al pestillo como es debido y nunca daba portazos. Estoy seguro de que será una criada excelente; y será un gran consuelo para la pobre señorita Taylor tener cerca a alguien que ya conoce. Así, cada vez que James vaya a ver a su hija, puedes estar segura de que tendrá noticias nuestras. Él podrá hacerle saber cómo estamos todos.

Emma no escatimó esfuerzos para mantener el rumbo de la conversación por esos derroteros más alegres, y albergaba la esperanza de conseguir, con la ayuda del *backgammon*, que su padre sobrelleva la velada sin que a ella la asaltaran más pesares que los propios. Preparó la mesa de *backgammon*, pero enseguida entró un visitante que la hizo innecesaria.

Era el señor Knightley, un hombre sensato de unos treinta y siete o treinta y ocho años, que no solo era un viejo e íntimo amigo de la familia, sino que además estaba emparentado con ellos al ser el hermano mayor del esposo de Isabella. Vivía a una milla de Highbury y acudía a menudo de visita. Siempre era bienvenido, y en esa ocasión aún más que de costumbre, pues venía directamente de Londres, de ver a sus familiares en común. Había llegado hacía poco, después de varios días de ausencia, había comido tarde y se había acercado a Hartfield para informar de que en Brunswick Square estaban todos bien. La feliz noticia le levantó el ánimo al señor Woodhouse durante algún tiempo. El señor Knightley tenía un carácter alegre que siempre

lo animaba; y además satisfizo sus muchas preguntas acerca de «la pobre Isabella» y sus niños. Al concluir, el anfitrión comentó, agradecido:

—Señor Knightley, es usted muy amable al venir a visitarnos tan tarde. Me temo que habrá sido una caminata de lo más desagradable.

—Ni mucho menos, señor Woodhouse. Es una hermosa noche de luna y tan cálida que he de alejarme de ese fuego tan vivo que arde en la chimenea.

—Pero ha debido de encontrárselo todo muy húmedo y embarrado. Espero que no acabe resfriado.

—¿Embarrado, señor? Mire mis zapatos. No tienen ni una mota de barro.

—¡Vaya! Eso sí que es sorprendente, porque aquí ha llovido muchísimo. Mientras desayunábamos cayó un aguacero terrible durante media hora. Incluso les propuse que aplazaran la boda...

—A propósito..., aún no les he dado a ustedes la enhorabuena. Consciente de la alegría que debe de invadirlos, no me he dado mucha prisa por felicitarlos, pero espero que todo haya salido razonablemente bien. ¿Cómo lo han vivido? ¿Quién ha sido el que más ha llorado?

—¡Ay! Pobre señorita Taylor... ¡Qué cosa más triste!

—Si me lo permiten, «pobres señor y señorita Woodhouse», más bien, porque no puedo decir que comparta eso de «pobre señorita Taylor». Les tengo mucho aprecio a usted y a Emma, pero ¡cuando se trata de decidir entre depender o ser independiente...! En cualquier caso, siempre es mejor tener que agradecer a uno solo que a dos.

—¡Sobre todo cuando uno de esos dos es una criatura tan caprichosa y molesta! —apostilló Emma, en tono jocos— Ya sé que es eso lo que piensa, señor Knightley, y lo que diría si mi padre no se encontrara presente.

—Creo que es bien cierto, querida, en efecto —concedió el señor Woodhouse con un suspiro—. Me temo que a veces soy muy caprichoso y molesto.

—Pero, ¡mi queridísimo padre!, ¿no creerá realmente que es de usted de quien yo hablaba o a quien el señor Knightley se

refería...? ¡Qué idea tan horrible! Oh, no, me refería a mí misma. Ya sabe que al señor Knightley le encanta encontrarme defectos... en broma, padre... Es todo en broma. Siempre nos decimos lo que se nos antoja.

El señor Knightley, de hecho, era una de las pocas personas que conseguía ver defectos en Emma Woodhouse, y el único que se los afeaba. Y aunque a ella eso no le resultaba especialmente agradable, sabía que había de serlo aún mucho menos para su padre, quien ni siquiera se permitiría sospechar que no todo el mundo la consideraba perfecta.

—Emma sabe que nunca la adulo —reconoció el señor Knightley—, pero mi intención no era criticar a nadie. La señorita Taylor estaba acostumbrada a agradar a dos personas, y ahora solo tendrá que complacer a una. Lo más probable es que salga ganando con el cambio.

—Bueno... —repuso Emma, deseosa de cambiar de tema—. Quería que le habláramos de la boda y me complacerá contárselo todo, porque nos comportamos todos de forma encantadora. Todo el mundo fue puntual y lució sus mejores galas. No se derramó una lágrima ni se vieron caras largas. ¡No, no! Todos éramos conscientes de que vamos a estar solo a media milla de distancia y de que seguro que nos vemos a diario.

—Mi querida Emma lo está llevando con mucho ánimo... —comentó su padre—, pero lo cierto es que está realmente apenada por perder a la pobre señorita Taylor, señor Knightley, y estoy seguro de que la echará de menos mucho más de lo que se imagina.

Emma volvió el rostro, debatiéndose entre las lágrimas y la sonrisa.

—Es imposible que Emma no extrañe a una compañera así —sentenció el señor Knightley—. No la queríamos tanto como la queremos si pensáramos lo contrario, señor, pero ella sabe cuánto le beneficia el matrimonio a la señorita Taylor; sabe cuán grato debe de ser, a la edad de la señorita Taylor, establecerse en su propio hogar; y sabe lo importante que será para ella asegurarse de poder gozar de una posición acomodada. Por lo tanto, no debe permitirse sentir más dolor que alegría. Todas

las amistades de la señorita Taylor debemos alegrarnos de poder verla tan felizmente casada.

—Y se ha olvidado de un detalle que me produce una gran satisfacción —añadió Emma—, un detalle muy importante: saber que he sido yo quien los ha emparejado. Fui yo quien lo intuyó hace cuatro años y quien movió los hilos para que terminaran juntos, ¿sabe? Que finalmente se haya celebrado el enlace y se haya demostrado que yo tenía razón, cuando tantos decían que el señor Weston nunca se volvería a casar... Eso puede consolarme de cualquier cosa.

El señor Knightley negó con la cabeza. El padre de Emma replicó con ternura:

—¡Ay, querida! Preferiría que dejaras de buscarle pareja a la gente y de hacer predicciones de matrimonio, porque todo lo que dices siempre acaba cumpliéndose. Te ruego que no hagas más de casamentera.

—Prometo no concertar ningún matrimonio para mí, padre; pero he de seguir haciéndolo con los demás. ¡Es la cosa más divertida del mundo! Y después de semejante éxito... ¡Todos decían que el señor Weston nunca se volvería a casar! ¡Vaya que no...! El señor Weston, que llevaba tanto tiempo viudo y parecía estar tan a gusto sin esposa, siempre tan atareado con sus asuntos en Londres o entre sus amistades aquí, siempre bien recibido donde quiera que fuera, siempre de buen humor... El señor Weston no tendría por qué pasar solo ni una velada al año si no quería... ¡Claro que no...! Que el señor Weston jamás se casaría de nuevo... Algunos incluso hablaban de una promesa que le había hecho a su esposa en su lecho de muerte, y otros, de que el hijo y el tío no se lo permitirían. Se dijeron toda clase de solemnes tonterías al respecto, pero yo no me creí ninguna. Lo vi claro el día en que la señorita Taylor y yo nos lo encontramos en Broadway Lane hará unos cuatro años. Cuando comenzó a lloviznar, él, tan galante, fue corriendo a conseguirnos dos paraguas que le pidió prestados a Mitchell, el granjero. Entonces lo tuve claro. Empecé a planear el matrimonio desde ese preciso instante; y después de haber sido bendecida con semejante éxito, querido padre, no esperará que vaya a detenerme aquí...

—No entiendo a qué se refiere con «éxito» —comentó el señor Knightley—. El éxito entraña esfuerzo. Si se hubiera pasado los últimos cuatro años esforzándose realmente en lograr que se produjera este matrimonio, su tiempo habría estado muy bien empleado. ¡Habría sido una manera muy digna de ocupar la mente de una joven! Pero si, como más bien imagino, su «mover los hilos para que terminaran juntos» consiste únicamente en haberse dicho a sí misma un día ocioso: «Qué bien le vendría a la señorita Taylor que el señor Weston se casara con ella» y luego repetírselo alguna que otra vez más, ¿cómo puede hablar de éxito? ¿Qué mérito tiene usted? ¿De qué está tan orgullosa? Hizo usted una suposición afortunada, pero eso es todo lo que se puede decir.

—¿Y nunca ha experimentado usted el placer y el triunfo de hacer una suposición que acaba resultando acertada? Le compadezco. Le creía más inteligente..., porque le aseguro que una suposición afortunada nunca es solo cuestión de mera suerte. Siempre requiere de algún talento. Y en cuanto a mi humilde elección de la palabra «éxito», con la que tanto discrepa, no sé si estoy tan falta de razón al haberla usado. Usted acaba de dibujarnos dos bonitas escenas, pero creo que puede existir una tercera: una posición intermedia, a medio camino entre quien no hace nada y lo hace todo. Si yo no hubiera fomentado las visitas del señor Weston aquí, si no le hubiera dado pequeñas muestras de aliento en múltiples ocasiones y no hubiera allanado el camino y suavizado muchos asuntillos, quizá la cosa no habría llegado a nada después de todo. Sabe de sobra cómo es Hartfield para entender a qué me refiero.

—A un hombre franco y honesto como es el señor Weston y a una mujer sensata y sin modales afectados como la señorita Taylor se les puede dejar que arreglen sus propios asuntos sin ayuda. Es más probable que, con su intervención, se haya perjudicado a sí misma más de lo que los ha beneficiado a ellos.

—Emma nunca piensa en sí misma si puede beneficiar a otros —intervino el señor Woodhouse, entendiendo el comentario del señor Knightley solo en parte—. Pero, querida, te ruego que no hagas más de casamentera; los matrimonios son una tontería y le alteran a uno gravemente el círculo familiar.

—Solo uno más, padre; para el señor Elton solamente. ¡Pobrecillo! A usted le agrada ese hombre, padre... Tengo que buscarle esposa. No hay ninguna candidata digna en Highbury, y ya lleva aquí un año entero. Ha arreglado la casa con tanto esmero que sería una lástima que siguiera más tiempo soltero. Hoy, cuando unía las manos de los novios, me pareció que tenía cara de anhelar lo mismo para sí. Tengo muy buena opinión del señor Elton y esta es la única manera que se me ocurre de hacerle un favor.

—El señor Elton es un joven muy apuesto, sin duda, y un muchacho excelente. Lo tengo en gran consideración. Pero, si quieres tener un detalle con él, querida, invítalo a cenar con nosotros algún día. Será mucho mejor. Estoy seguro de que el señor Knightley tendrá la amabilidad de acompañarnos.

—Con mucho gusto, señor. Cuando quiera —convino el señor Knightley, risueño—; y coincido totalmente en que será mucho mejor así. Invítelo a comer, Emma, y sírvale el mejor pescado y el mejor pollo, pero déjele a él elegir a su propia esposa. Créame: un hombre de veintiséis o veintisiete años es capaz de cuidar de sí mismo.

❧ CAPÍTULO 2 ❧

El señor Weston era oriundo de Highbury y provenía de una familia respetable que durante las últimas dos o tres generaciones había ido mejorando su posición social y su patrimonio. Había recibido una buena educación, pero, al alcanzar a una edad temprana una pequeña independencia, perdió el interés por las ocupaciones domésticas a las que sí se dedicaban sus hermanos. Satisfizo las necesidades de su mente activa y alegre y su carácter sociable alistándose en la milicia del condado, constituida en aquella época.

El capitán Weston era una persona muy estimada; y cuando los azares de su vida militar le permitieron conocer a la señorita Churchill, de una gran familia del condado de York, y la joven se enamoró de él, nadie se sorprendió, salvo el hermano de ella y la esposa de este, quienes jamás lo habían visto y cuyo orgullo y sentimiento de superioridad hacían que se sintieran ofendidos por aquella unión.

La señorita Churchill, sin embargo, siendo ya mayor de edad y teniendo plena disposición de su fortuna —aunque esta no representaba más que una pequeña parte del patrimonio familiar—, no dejó que la disuadieran, y la boda se celebró para infinita mortificación del señor y la señora Churchill, quienes la repudiaron con el debido decoro. Se trataba de un matrimonio inadecuado, y no les reportó mucha felicidad. La señora Weston tendría que haber hallado mayor dicha en él, pues había ganado un esposo cuyo corazón cariñoso y carácter dulce hacían que se sintiera en deuda con ella por la gran bondad que había demostrado al amarlo; pero, si bien ella manifestaba cierto carácter, no poseía el mejor. Había demostrado resolución al seguir su propia voluntad a pesar de la insistencia de su hermano, pero no tanta como para librarse de sentir un pesar excesivo por la desmedida ira de ese mismo hermano, ni para dejar de añorar los lujos de su anterior hogar. Los Weston vivían con cierta holgura, pero, aun así, no era nada

comparado con la vida que ella había llevado en Enscombe; no dejó de amar a su marido, pero quería ser al mismo tiempo la esposa del capitán Weston y la señorita Churchill de Enscombe.

El capitán Weston, a quien en su momento habían considerado el mayor beneficiado con la unión —especialmente los Churchill—, resultó ser el que se llevó la peor parte; pues cuando murió su mujer, al cabo de tres años de casados, era bastante más pobre que al principio y tenía un hijo al que mantener. Sin embargo, pronto se vio liberado de los gastos del niño. El pequeño había sido, con el atenuante añadido de la prolongada enfermedad de su madre, el medio para una suerte de reconciliación con el señor y la señora Churchill. El matrimonio, que no tenía vástagos propios ni ningún otro pariente joven por el que preocuparse, se ofreció a asumir la crianza del pequeño Frank poco después del fallecimiento de su madre. Es de suponer que el padre viudo albergó algunas dudas y reticencias; pero, al quedar estas superadas por otras consideraciones, el niño fue confiado al cuidado y la riqueza de los Churchill, y él ya sólo tuvo que encargarse de buscar su propio bienestar y de tratar de mejorar su situación en la medida de lo posible.

Sintió la necesidad de darle un cambio rotundo a su vida. Abandonó la milicia y se dedicó al comercio, ya que tenía hermanos bien establecidos en Londres y eso podía ofrecerle una buena oportunidad. Era una actividad que le daba el trabajo justo sin ocuparlo en exceso. Aún conservaba una modesta casa en Highbury y allí pasaba la mayor parte de su tiempo libre; y entre una ocupación útil y los placeres de la sociedad, transcurrieron alegremente los siguientes dieciocho o veinte años de su vida. Para entonces, había alcanzado una posición lo suficientemente acomodada como para adquirir una pequeña finca junto a Highbury, algo que siempre había deseado, y para casarse con una mujer tan carente de recursos como la señorita Taylor y vivir de acuerdo con los deseos de su propia disposición sociable y amistosa.

Hacía ya algún tiempo que la señorita Taylor había comenzado a influir en sus planes; pero, como ya no estaba bajo el tiránico influjo de la juventud, eso no había debilitado su decisión de no sentar la cabeza hasta que pudiera hacerse con la finca Randalls,

cuya venta había esperado mucho tiempo. Weston se había mantenido firme, con ese objetivo en mente, y no había cejado hasta lograrlo. Había hecho fortuna, comprado la casa y desposado a su mujer, y comenzaba un nuevo periodo de su existencia que tenía muchas probabilidades de convertirse en el más feliz de todos. Nunca había sido un hombre infeliz; su propio carácter lo impedía, incluso en su primer matrimonio; pero el segundo le mostraría la delicia que era casarse con una mujer sensata y verdaderamente amable y le daría la prueba más grata de que es mucho mejor elegir que ser elegido, inspirar gratitud que sentirla.

Solo tenía que complacerse a sí mismo en su elección: su fortuna era exclusivamente suya; porque, en lo que a su hijo Frank concernía, no solo había sido tácitamente criado como heredero de su tío, sino que la adopción había quedado patente al asumir el muchacho el apellido Churchill cuando alcanzó la mayoría de edad. Era, por tanto, muy poco probable que fuera a necesitar alguna vez la ayuda de su padre, que no albergaba ninguna preocupación al respecto. La tía era una mujer caprichosa y dominaba a su marido por completo; pero no estaba en la naturaleza del señor Weston imaginar que algún capricho pudiera ser tan fuerte como para afectar a alguien tan querido, y más si era alguien que, según creía él, tanto se merecía ser querido. Veía a su hijo cada año en Londres y se sentía orgulloso de él; y el afectuoso retrato que de él hacía, como un joven excelente, había conseguido que también Highbury sintiera cierto orgullo por él. Lo veían como alguien que pertenecía tanto a aquel lugar como para que sus méritos y expectativas fueran casi una suerte de preocupación común.

El señor Frank Churchill era uno de los motivos de orgullo de Highbury y existía una viva curiosidad por verlo, aunque esa estima no era correspondida, pues jamás había estado allí. Se había hablado, en numerosas ocasiones, de que pronto iría a visitar a su padre, pero esto nunca había sucedido.

Ahora, con el matrimonio de su padre, todos habían dado por supuesto que por fin tendría lugar esa visita, como muestra del debido respeto. No hubo ni una sola voz discordante al respecto, ni cuando la señora Perry tomó el té con la señora y la señorita Bates, ni cuando ellas le devolvieron la visita. Había llegado

el momento en el que el señor Frank Churchill los visitaría, y la esperanza de que así fuera se fortaleció cuando se supo que el susodicho había escrito a su nueva madre con motivo del enlace. Durante unos días, en todas las visitas matutinas de Highbury se hizo alguna mención a la hermosa carta que había recibido la señora Weston: «Supongo que habrá oído hablar de la hermosa carta que le ha escrito el señor Frank Churchill a la señora Weston. Tengo entendido que es verdaderamente hermosa. Me lo ha dicho el señor Woodhouse. El señor Woodhouse vio la carta y dice que en la vida había visto carta más hermosa».

Era, en efecto, una carta sumamente apreciada. La señora Weston se había formado una idea muy favorable del joven, naturalmente; y aquel detalle tan atento y encantador era una prueba irrefutable de su gran sensatez y ponía el broche de oro a todas las felicitaciones, de diversos orígenes, que había cosechado con aquel matrimonio. Se sentía una mujer de lo más afortunada, y había vivido lo suficiente para ser consciente de esa fortuna, ya que lo único que lamentaba era tener que separarse un poco de unos amigos cuyo afecto jamás se había enfriado y que apenas podían soportar la idea de la separación.

Sabía que en ocasiones la echarían de menos, y le daba pena que Emma perdiera un solo momento de disfrute o sufriera una hora de hastío por la falta de su compañía. Pero su querida Emma no era de carácter débil, estaba más a la altura de las circunstancias en las que le tocaba vivir que la mayoría de las jóvenes y poseía la sensatez, la energía y el ánimo necesarios para afrontar felizmente esas pequeñas dificultades y privaciones. Además, encontraba consuelo en la escasa distancia que separaba Hartfield de Randalls, adecuada incluso para que la recorriera una dama a solas, y en el carácter y circunstancias del señor Weston, que harían que la temporada invernal que se avecinaba no fuera un obstáculo para que las dos mujeres pasaran juntas la mitad de las veladas de la semana.

La situación, en conjunto, le proporcionaba a la señora Weston horas de gratitud y solo momentos de pesar; y su satisfacción —más que satisfacción, intenso regocijo— era algo tan justo y evidente que Emma, a pesar de conocer bien a su padre, se

sorprendía a veces de que él todavía pudiera sentir compasión por «la pobre señorita Taylor» cuando la dejaban en Randalls, rodeada de todas las comodidades domésticas, o cuando la veían partir, al caer la noche, acompañada de su agradable esposo, hacia un carruaje de su propiedad. Y, sin embargo, nunca se marchaba sin que el señor Woodhouse dejara escapar un sutil suspiro y dijera:

—¡Ah, pobre señorita Taylor! Cuánto le gustaría quedarse...

Ya no era posible recuperar a la señorita Taylor, ni había muchas posibilidades de que el señor Woodhouse dejara de compadecerse de ella; pero el paso de unas pocas semanas le brindó cierto alivio. Los vecinos dejaron de transmitirle al hombre sus mejores deseos; ya nadie lo molestaba con alegres felicitaciones por tan lamentable acontecimiento; y la tarta nupcial, que tanto lo había angustiado, se había terminado. Su estómago no soportaba nada pesado y no podía concebir que a los demás no les sucediera exactamente lo mismo. Consideraba desaconsejable para cualquiera lo que a él le sentaba mal; por eso había intentado disuadirlos de que hubiera tarta nupcial, y, al no lograrlo, se empeñó otro tanto en evitar que la gente la comiera. Incluso se molestó en consultar al señor Perry, el boticario, sobre el asunto. El señor Perry era un hombre inteligente y cortés cuyas frecuentes visitas constituían uno de los consuelos de la vida del señor Woodhouse; y, al ser consultado, no pudo sino admitir —aunque parecía ir en contra de lo que dictaban sus gustos personales— que ciertamente la tarta nupcial podía sentarle mal a mucha gente, tal vez a la mayoría, a menos que se tomara con moderación. Con tal opinión, que confirmaba la suya, el señor Woodhouse esperaba poder convencer a todas las visitas de los recién casados; no obstante, se comió tarta, y el hombre no encontró descanso para sus altruistas nervios hasta que se terminó el último pedazo.

En Highbury se extendió el extraño rumor de que se había visto a todos los pequeños Perry con una porción de la tarta nupcial de la señora Weston en la mano, pero el señor Woodhouse nunca quiso creérselo.